

COLABORACIONES

QUÉ ES, CÓMO SE HACE UNA TESIS DOCTORAL.

Leopoldo GONZALO Y GONZÁLEZ

Catedrático de la Universidad Nacional de Educación a Distancia

1. ACLARACIÓN

La bibliografía disponible relacionada con el tema que nos ocupa es copiosa y hasta, diría, excesiva. A veces pienso que si nuestros doctorandos tuvieran que leer —no digo ya asimilar suficientemente— las lecturas propedéuticas disponibles para la realización de su propósito investigador, abordarían éste grave e innecesariamente fatigados. No pretendo, pues, mediante esta breve nota, aumentar el caudal de aquella rigurosa bibliografía, sino, solamente, exponer algunas ideas elementales, y espero que útiles, acerca de esa apasionante tarea que es siempre la investigación científica y, de modo particular, de su noviciado: la elaboración de la tesis doctoral.

Y para que no se me acuse de incongruente, procedo a relacionar estas ideas con la mayor brevedad posible,

pues en algo se ha de notar nuestra condición de economistas.

2. QUÉ ES UNA TESIS DOCTORAL

Una tesis doctoral es el resultado de un trabajo de investigación científica cuya finalidad consiste en demostrar la **capacidad investigadora** de su autor, así como en realizar una aportación original y sustantiva al acervo de conocimientos relativos a una materia determinada o, si se prefiere, un **valor añadido** al estado de la cuestión concerniente a algún aspecto particular de la misma.

Una tesis doctoral no es, pues, nunca:

1. ° Un refrito o, en el mejor de los casos, una síntesis de la bibliografía disponible o de las opiniones de otros autores acerca del tema elegido, aunque tenga que partir necesariamente de un

trabajo de este tipo (ello es necesario, precisamente, para superar el «estado de la cuestión).

2. ° Un conjunto de opiniones más o menos subjetivas acerca de determinada cuestión, acompañado de algunas conclusiones difíciles de ser contrastadas con la realidad o admitidas de acuerdo con las leyes de la lógica formal (un razonamiento es formalmente válido si la conclusión se deduce de las premisas, cosa olvidada con inusitada frecuencia).

La tesis doctoral es el resultado de un arduo trabajo e implica un alto coste de oportunidad para quienes se comprometen a realizarla (doctorando y director). Por eso es preciso partir de una clara vocación científica y una correcta elección del tema, de modo que una vez que comience la tarea, el riesgo de abandonarla sea mínimo.

3. QUIÉN DEBE ELEGIR EL TEMA DE LA TESIS

El doctorando, a ser posible. Sólo así contará con el caudal de entusiasmo necesario para realizar un trabajo duro, a veces desalentador. Desde luego, y al menos hasta un primer nivel de la realidad a investigar, es el doctorando quien primero opta por una parcela concreta de la misma, en función de su vocación específica: la historia de los hechos o de las ideas, el mundo de las instituciones o de la teoría, etc. Pero me refiero a la conveniencia de que sea el propio doctorando el que realice una primera búsqueda de temas, dentro de esa parcela por él elegida. La investigación científica siempre tiene algo de actividad venatoria y aunque el instinto

necesario se tiene o no se tiene, cuando ocurre lo primero, su ejercicio contribuye a su desarrollo. Resulta, desde luego, muy estimulante aproximarse si quiera por uno mismo al territorio donde las piezas a cobrar se esconden.

En todo caso, siempre el director puede orientar en una dirección conveniente, e incluso proponer el tema, cuando en la cátedra o departamento correspondientes exista un plan de investigación trazado de antemano.

Damos por supuesto que ya contamos con un director de tesis. Si no es así, ¿Cómo elegirlo? ¿Qué cualidades debe reunir el mismo?. Desde luego, debe poseer un suficiente grado de especialización en la materia, pero, sobre todo, ha de ser un buen **manager**, en la acepción deportiva que este término tiene en inglés, es decir, debe ser un buen **entrenador**. De él dependerá, en gran parte, que nos encontremos siempre en forma para superar las dificultades que irán surgiendo, incluso la atonía coyuntural de la voluntad, que no ha de faltar probablemente. En todo caso, conviene ser conscientes de que el director de tesis nos dará normalmente lo que a él le demos: trabajo, interés y hasta entusiasmo.

4. QUÉ CARACTERÍSTICAS HA DE REUNIR EL TEMA, QUÉ ENFOQUE HA DE DÁRSELE

Hablamos de tesis doctorales de economía o, más ampliamente, de ciencias sociales. En cuanto a ellas, son posibles dos enfoques claramente diferenciados, aunque en absoluto incompatibles. A saber: el enfoque positivo y el normativo. Como es bien conocido, el

El primero de ellos se refiere a lo que **es**, **era** o **será**, y las proposiciones a que da lugar han de ser susceptibles de contrastación empírica, esto es, de ser revalidadas o refutadas por los hechos. El enfoque normativo, por el contrario, se refiere al mundo del **deber ser**; presupone el conocimiento de cómo «funciona» la realidad, derivado del análisis positivo, pero va más allá, pretende modificar el mundo en un sentido y con arreglo a unos valores determinados. No es cierto que ambos enfoques muestren una radical independencia. El segundo implica necesariamente al primero ¿Cómo modificar la realidad, si no conocemos sus reglas de funcionamiento?

Dicho esto, hay que añadir que, en el ámbito de las ciencias sociales, sobre todo, las características primordiales del tema que se ha de elegir para la investigación están en función, al menos en parte, de las propias características del sujeto investigador. Hay una que es fundamental, en todo caso, y es que el objeto de estudio sea suficientemente concreto y, yo diría, finito; aunque sea una obviedad, ese objeto debe tener principio y fin. Otra cosa sería condenarse a una desesperante excursión sin término conocido o con una meta en permanente alojamiento. La implicación subjetiva a la hora de elegir el tema consiste en que el doctorando posea la base de conocimientos instrumentales, de herramientas de trabajo, adecuada y suficiente para realizar su tarea. Sería absurdo, por ejemplo, embarcarse en una investigación de pura teoría económica sin contar con los saberes matemáticos precisos, o en un estudio de economía aplicada careciendo de una mínima destreza en el manejo de los

métodos cuantitativos necesarios. Claro que, en ocasiones, estos conocimientos instrumentales pueden adquirirse «a hoc», si bien a costa de retrasar el plazo que haya podido fijar-se para la conclusión del trabajo. No olvidemos que, a veces, desgraciadamente, la fijación de ese plazo excede de la voluntad del interesado.

Una última característica del tema de tesis a elegir que querría señalar como opinión personal, es que el mismo tenga alguna trascendencia en orden a la posibilidad de mejorar la realidad social. La investigación básica es rigurosamente necesaria. El saber por el saber mismo constituye un nivel superior condición del ser humano. Ese saber termina, casi siempre, más tarde o más temprano, traduciéndose al mundo de las realidades prácticas o vitales. Pero quizá convenga no olvidar la leyenda que nos presenta al otomano Mohammed conquistador de Constantinopla tras un terrible asedio, sorprendido al encontrar en el interior de la gloriosa ciudad a un grupo de eruditos supervivientes discutiendo acerca del posible sexo de los ángeles. No veo mejor forma de expresar la necesidad de huir de **bizantinismos** estériles cuando lo que la realidad social y económica reclama, son soluciones prácticas a sus acuciantes problemas. Un país como el nuestro, en el que no sobran los médicos humanos y materiales dedicados a la investigación científica, no pueden derrochar sus escasos recursos dedicándolos a especular acerca de cuántos ángeles pueden caber en la cabeza de un alfiler, problema que también parece preocupaba a aquellos eruditos constantinopolitanos de la pintoresca leyenda.

5. ORDEN DE TRABAJO

a) La primera tarea ha de consistir, necesariamente, en el acopio de la bibliografía y las fuentes relativas al tema elegido. Libros, artículos de revistas, estadísticas, etc., pueden obtenerse en un primer intento, siguiendo el que podemos denominar método tradicional. Un primer documento que trate sobre el tema proporcionará una bibliografía inicial sobre el mismo, de la cual procuremos obtener otra más amplia, y así sucesivamente. Como es notorio, este procedimiento tiene un inconveniente fundamental: su lentitud; y también que, según el «filón» bibliográfico por el cual hayamos comenzado, no tendremos garantías de contar al final con una bibliografía completa. No se crea, sin embargo, que, al menos en una primera fase del itinerario investigador, este método carece de ventajas, pues, en efecto, facilita una introducción **gradual** al objeto de estudio y contribuye a la sedimentación sucesiva de conceptos, datos y criterios.

Nuestra actual condición de internautas nos ha liberado, no obstante, de las servidumbres propias a algunos métodos tradicionales. La red posibilita una búsqueda rápida y cómoda de bibliografía y de toda clase de información mediante el rastreo en diferentes bases de datos pertenecientes a otros tantos organismos, de entre los cuales, se han seleccionado algunas páginas de interés incluidas como apéndice al final de esta nota,

b) En cuanto a la «explotación» del material acumulado (bibliografía y otras fuentes) sólo dos recomendaciones: 1.a) la lectura ha de ser sistemática, esto es, por tramos homogéneos (seg-

mentándola según su contenido doctrinal cuantitativo, comparado, etc.) y siempre partiendo desde las obras más generales a los trabajos más concretos específicos; y 2.a) al hilo de las lecturas conviene desde el principio ir elaborando un fondo de fichas temáticas, de tamaño grande, que resuman el contenido fundamental de las mismas de interés para la investigación (a estas fichas puede incorporarse, mediante algún procedimiento adherente eficaz, fotocopias de algún pasaje esencial de fuente, siempre con un criterio más selectivo y excepcional, pues de otro modo engrosaríamos inadecuadamente un material auxiliar que, por su propia función, debe ser lo más reducido posible).

c) Etapa contemporánea a la anterior, que no debe demorarse mucho una vez comenzada ésta, es la de elaboración del esquema de desarrollo de la memoria de trabajo escrito de la tesis doctoral. El primer esquema será, naturalmente provisional, pues es seguro que habrá después que someterlo a sucesivas reestructuraciones y a grados cada vez mayores de especificación. Un esquema general válido para este propósito especialmente diseñado para trabajar sobre Economía, pero aplicable igualmente a cualesquiera otra ciencia social es el propuesto por Alan R. Prest en su obra *Public Finance*, y en cuya secuencia me he permitido introducir alguna modificación. Este esquema quedaría estructurado en tres grandes apartados con el contenido siguiente: 1. **descripción** del objeto de investigación (institución, problema, etc.); 2.º **análisis** de sus causas y consecuencias; y 3.º **política** o pro-puestas normativas en relación con el objeto estudiado.

d) En cuanto a la fase de redacción, que vendría naturalmente a renglón seguido, vamos a dejarla en suspenso un momento para ocuparnos de ella enseguida.

e) La memoria doctoral debe concluir con una parte final dedicada al resumen y conclusiones del trabajo realizado. Una posible estructura de la misma sería la siguiente: 1.º) Breve resumen del contenido de los distintos capítulos de la memoria (lo que permitirá una visión de conjunto sumamente útil para cualquier lector, pero, sobre todo, para los miembros del tribunal que ha de juzgar la tesis); 2.º) enumeración de los datos novedosos y conclusiones **positivas** alcanzados; 3.º) enumeración de las conclusiones **negativas** («no hay influencia de...», etc.; estas aportaciones que calificamos de negativas, no carecen, en modo alguno, de importancia desde el punto de vista del interés de la comunidad científica, pues indican otras tantas posibles vías de investigación que no merecen ser seguidas, con la consiguiente economía de tiempo y recursos para futuros investigadores sobre la materia); 4.º) relación de los **problemas pendientes**, que constituirán otros tantos puntos de partida para eventuales investigaciones ulteriores; y 5.º) enumeración de las proposiciones normativas que se desprenden de la tesis, si es que cabe este enfoque.

f) Cubierto el anterior itinerario, se estará en condiciones de redactar la **introducción** de la memoria, pues, aunque pueda parecer paradójico, sólo entonces conoceremos los contornos precisos y finales del objeto investigado, así como las verdaderas razones del interés que el mismo reviste y las dificultades encontradas en el curso del

trabajo; cuestiones todas ellas, propias de las páginas preliminares que deben servir de orientación a cualquier eventual lector.

6. CUÁNDO EMPEZAR A ESCRIBIR

Es esta una cuestión que siempre preocupa a quien se embarca en la apasionante tarea de elaborar su tesis doctoral. Quizá quepa sólo una respuesta obvia, de validez general: cuando se tenga algo que decir. En todo caso, no conviene demorar demasiado el inicio de la redacción de la memoria. Y ello, sobre todo, porque urge decantar cuanto antes los contenidos asimilados mediante el estudio de las fuentes disponibles. Utilizo deliberadamente el término **decantar** en una de las expresivas acepciones que recoge el Diccionario de la RAE: «inclinarse suavemente una vasija sobre otra para que caiga el líquido contenido en la primera, sin que salga el poso». De eso se trata. Además, el esfuerzo de escribir nuestras ideas es el mejor medio de suscitar la dialéctica imprescindible para saber cómo pensamos realmente nosotros mismos. No olvidemos las palabras de Eugenio D'Ors: «Yo sólo pienso cuando escribo, y escribir es "pensar con alguien", es decir, diálogo».

7. CÓMO ESCRIBIR

Cuestión no menos preocupante para el doctorando poco avezado en lides narrativas es la del estilo. El estilo, dice nuestro Juan de Valdés «...consiste en que digáis lo que queráis con las menos palabras que pudiéredes, de forma que no se pueda quitar ninguna sin ofender la sentencia». Y el consejo de

zorín, expresado a su modo llano y reciso, no difiere mucho: «Colocad una cosa después de otra. Nada más, eso es todo». En sus *Memorias Inmemoriales*, el maestro de Monóvar hace inesperadas revelaciones a quienes puedan recopularse en exceso por la cuestión del estilo: «Tener estilo es no tener estilo. Cuando se lee a alguien que de veras tiene estilo y se cierra el libro, no se sabe cómo ha escrito el autor de la prosa que cabamos de leer. No sabemos tampoco el olor y el sabor del agua cristalina que hemos bebido en una fontana. Si lo apiéramos, ya esa agua no sería rápida». El mejor estilo es el que no se nota cuando se lee. Despreocupémonos, pues, del problema del estilo, aunque no se dice las cosas tal como las sentimos o hemos, con sencillez y sin artificio, unas después de otras y no unas dentro de otras, como con frecuencia tendemos a hacer.

8. DEL TALANTE NECESARIO PARA INVESTIGAR

La objetividad es condición imprescindible para la investigación científica. Debemos esmerarnos para lograrla de todo esmero, sobre todo en las tareas de descripción y análisis. Pero, especialmente en el terreno de las ciencias sociales, ello no debe confundirse con esa actitud equidistante de posiciones bien definidas que con frecuencia adoptan algunos como sistema. El eclecticismo sistemático es una pobre interpretación de la objetividad. La verdad se halla en alguna parte y la regla del justo medio aristotélico fue concebida por el filósofo de Stagira en relación con el orden moral de la virtud, no con el de los hechos reales. El nú-

mero de bajas de la batalla de Salamina no tiene por qué ser la media aritmética entre los datos suministrados por una fuente persa y otra ateniense. Ni el imperativo deontológico encontrarse a medio camino entre las posiciones de Sócrates y Critón.

El frío discernir no es tampoco siempre requisito insoslayable para la labor científica. Decía Dámaso Alonso: «la pasión es, a mi juicio, indispensable para que se produzca la intuición». Y la intuición es muchas veces decisiva en cualquier pesquisa.

Si no las poseemos, unas virtudes que debemos adquirir para la actividad investigadora —sobre todo si ésta se ha de prolongar durante largo tiempo, como es el caso de la elaboración de una tesis doctoral—, son la paciencia y el tesón. Con frecuencia encontraremos dificultades que nos parecerán insuperables, caminos cortados que nos obligarán a un rodeo imprevisto y fatigoso, o la necesidad de detenernos en aspectos de la investigación poco atractivos. Lo último que podemos hacer es interrumpir nuestro trabajo y, si lo hacemos, que no sea durante demasiado tiempo. Unamuno afirmaba que «...se acaba siempre por simpatizar con todo aquello que se estudia serenamente y sin prejuicios». Y, por lo que respecta a las cuestiones de interés aparentemente escaso, no debemos olvidar la observación de Flaubert: «Basta con que miremos largamente a un objeto, para que se vuelva de pronto interesante».

Para terminar, quiero referirme a una última preocupación que suele inquietar a todo doctorando, normalmente investigador noble. Me refiero a esa duda inicial que siente acerca de si será o no

capaz de realizar rigurosos hallazgos científicos en el curso de su investigación. Es cierto que, a veces, topamos con investigadores dotados de una rara precocidad y una proverbial buena suerte para encontrar generosos filones y pronto resultados. Sin embargo, eso que denominamos buena suerte, casi siempre guarda una relación de proporcionalidad directa con el número de horas dedicadas al trabajo. En estas lides, la fortuna parece conceder sus favores preferentemente a quien se esfuerza por alcanzarlos: «sólo yo sé las horas de insomnio con que he comprado los favores de mi buena suerte», escribió en cierta ocasión el doctor Marañón. Y parece que el descubrimiento de la penicilina por Fleming fue también consecuencia del azar, de una casualidad, en suma, que únicamente se produjo ante los ojos de quien había consumido ya buena parte de su vida a pie de laboratorio. El búho de Minerva prefiere posarse sobre el hombro de los tenaces y laboriosos.

Nada más. Trabajo y rigor. Y conviene tener bien presente el adagio académico que reza: por sus tesis los conoceréis.

APÉNDICE 1 Nota bibliográfica sobre lógica y metodología para inexpertos

Deliberadamente he evitado hasta ahora cualquier mención explícita a la metodología, al método conveniente para la investigación en ciencias sociales. En realidad, cada una de ellas posee el suyo propio o, cuando menos, una especial modulación del método general científico. No pretendo asumir aquí esta enjundiosa cuestión. La bibliografía so-

bre metodología y filosofía de la ciencia es copiosísima y cosa más bien de los metodólogos. Otras colaboraciones incluidas en este mismo número de Revista ofrecen buena prueba de ello. El investigador común únicamente precisa, a mi juicio, de unas nociones claras acerca de los fundamentos de la lógica y del método científico como base propedéutica para abordar su tarea. Probablemente nada más que esto. Método significa camino y, ya se sabe, ...se hace camino al andar.

1. A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación por la «Revista de Occidente», en 1925, la *Teoría del conocimiento* de Johannes Hessen continúa siendo una lectura enormemente provechosa, además de gozosa, por su claridad y la precisión y elegancia de su versión española debida, nada menos que a José Gaos. Existe versión más reciente de esta obra en la benemérita Colección Austral de Espasa-Calpe, fechada en 1991.

2. Otro texto de referencia oportuna es el capítulo primero («El problema de la filosofía teórica») de la obra de Manuel García Morente *La filosofía de Kant*. No se trata tanto del valor de esta lectura como del mérito del sistema del filósofo alemán cuanto de su contenido como introducción al conocimiento científico en general. También aquí, la elegancia y claridad expositiva del que fuera catedrático de Ética de la Universidad Central, en Madrid, subyugará y enriquecerá al lector interesado y con paladar.

3. Una lectura sencilla, suficiente y actualizada sobre filosofía de la ciencia puede encontrarse en la parte IV que, con este mismo título, integra la obra de Teichman y K. C. Evans, *Filosofía*,

una guía para principiantes (Alianza Editorial, 1994). La parte V de la misma está dedicada a la lógica, tanto a la que podemos denominar tradicional como a la moderna. Se trata de unas breves páginas sobre los contenidos aludidos, elementales, pero sin que ello afecte al rigor exigible.

4. Recomendables son también, al mismo nivel de obras básicas, el *Curso de Filosofía fundamental* de José Gay Bochoca (5.^a ed., Ediciones Rialp, 1998), especialmente los capítulos relativos a Lógica (págs. 33 a 78) y Gnoseología (págs. 293 a 319); y el *Curso elemental de Filosofía*, de Rafael Gamba Ciudad (Anaya, 1974), en lo relativo también a Lógica (págs. 25 a 72).

Creo, sinceramente, que las referencias bibliográficas precedentes bastan para quienes, fuera de hacer cuestión sustantiva del método y de la metodología, pretendan adquirir unas aptitudes y, lo que es más importante todavía, unas **actitudes** adecuadas y mínimas en este terreno. Para la navegación de altura, acúdase a las celeberrimas obras de Kuhn, Popper, etc. y a los trabajos de los profesos-

res Ricardo Calle y Manuel Jesús González, incluidos en este número de *Economía Aplicada e Historia Económica*.

ADDENDA

Para los que deseen ampliar las sencillas notas que anteceden acerca, sobre todo de los métodos de trabajo a seguir, será de interés, además del conocido libro de Umberto Eco *Cómo se hace una tesis* (vigésimotercera edición, Gedisa, 1999) las siguientes obras eminentemente prácticas: David Romano, *Elementos de técnica del trabajo científico* (Teide, 1974); y Santos Pérez, *Normas de presentación de tesis, tesinas y proyectos* (Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 1995).

APÉNDICE II

A continuación, se reproducen diversas páginas publicadas en Internet, con el fin de orientar y facilitar el acceso a información bibliográfica, y como apoyo lo expuesto en esta nota orientativa urgente.